Angelina Muñiz-Hubberman

**Yocasta Confiesa**

Cuando subía la escalinata del palacio, lento, erguido con el tranquilo orgullo de quien se sabe vencedor, supe que era él. No lo dudé ni un momento. Sus ojos y su boca reflejaban mi amor, mi noche de amor en el que él fue concebido. Y yo lo amé yo también; amé su cuerpo joven y ágil, el peso de sus músculos, su cabeza redonda y suave, la proporción precisa de sus miembros, como un poro en carrera libre hacia el mar. Supe que era él y sin embargo callé: la profecía era hermética. El deseo de su cuerpo y de sus labios, de su sonrisa y del color de sus ojos, de su piel dulce y tersa, de su pecho duro y cubierto levemente de vello, me hizo silenciar lo que debería haber anunciado. No diría quien era, a pesar de que conocía su nombre desde que puso el pie en el primer escalón para entrar al palacio por la puerta principal, como le correspondía por héroe, por libertador, y su pierna tensa marcaba la dureza de sus músculos. entró por la gran puerta principal no por ser mi hijo, sino por haber vencido a la temible Esfinge. Lo que le correspondía por naturaleza, lo ganó de hecho. Y su orgullo me invadía doblemente. Y su amor me hacía identificar los rasgos de Layo, de su padre, y mis propios rasgos. su amor era también doble. Aquel atardecer con el sol quemando nubes y cielo y reflejando tonos naranja y negro sobre cualquier agua - río, mar charca-, iluminó también el lento ascender los escalones de piedra, el lento ascender de quien yo bien sabía. Pero tampoco dije nada, como si me vengara, no de mi debilidad, sino de la palabra hiriente de la profecía, de la voz rota de los sacerdotes, del silencio interrogante del pueblo. O tal vez, de mi propia debilidad, que de nuevo me hacía aceptar el sino, aunque engañándome, pensando que la decisión partía de mí. el peso de los dioses y el peso del hombre: qué valía más en la balanza? No podría invocar a los dioses puesto que iba a ser impura, y, en cambio, el hombre, el que ascendía lentamente por la escalinata me colmaba: volvía a mí porque de mí salió, y sólo esperaba el momento en que dos dolores - dos placeres- me lo devolvieran. Pero no era impuro mi deseo: volver a amar en uno, al padre y al hijo. Los celos que hubieran podido sentir alguna vez, los acallaba así, y volvería a tener hijos, de su propio hijo. A la mitad de la escalinata, cuando se detuvo brevemente, y cuando yo hubiera podido todavía gritar, no ayudé su vacilación y apreté los labios con fuerza. Él llegaría arriba y yo le sería entregada. Su mano en la mía me conduciría a la alcoba de su origen y de su desdicha. No reconocería nada de mí, porque yo nada más le di a luz, aunque, a veces, cierto relámpago de odio cruzaría por sus ojos azul-mar-tierra. Temería que hablara y que me preguntara.

Cada día a partir de aquél en el que no quise hablar, el silencio tuvo que ser más necesario. el silencio pesaba como agua olvidada. El silencio remordía como granizo indeseado. El silencio iba sembrando la duda y creaba las palabras que nunca se decían. Él me preguntaba si había tenido un hijo, me preguntaba si lo había perdido. Me preguntaba si había deseado a muerte de alguien y me preguntaba cómo había sido Layo. Yo sentía sus celos, su quebranto y su deseo de ser amado. Las preguntas venían al final, después de hacer el amor, cuando yacíamos el uno al lado del otro, juntas nuestras pieles, mezclados nuestros olores, y las manos fatigadas y maravilladas iniciaban su búsqueda de sensaciones. Yo, a veces, olvidaba quién era él y pensaba que esa felicidad redimiría mi culpa, y que haber respetado la profecía, pudiendo haberla desmoronad, me otorgaría el perdón de algún dios. Pero sabía que me engañaba. Yo no hablaba porque no quería perder las noches- cada noche, todas las noches, la eternidad gota a gota- en las que el calor de su cuerpo entibiaba el mío y sus brazos me enlazaban. Había olvidado a Layo. sólo tenía odio para él: el odio y el miedo que él sintió cuando nació su hijo y dictó sentencia amparado indolentemente en la obediencia a los dioses. Fue Layo quien atrajo la mala suerte cuando quiso creer en las palabras irónicas de los sacerdotes. Fue él quien inventó la profecía al ver mi mirada de amor a nuestro hijo. Ahora Layo se esconde en lugares negros y perdidos de mi memoria.

Sólo cuento con mi hijo, con su amor insatisfecho y confuso, con su mirada exacta y malograda, con su cuerpo- estatua perfecta- reconociendo el mío y amándolo cómo verdadero amante, volviendo su boca a mis pechos, buscando el placer que no conoció y que se desesperaba en cambiar por el que ahora conocía. Hubiera deseado, entonces, que manara de nuevo mi leche, leche que secándose y endureciendo mis senos nunca fue para él.

Ha llegado el momento en que ni la Ley ni la moral existen. Desconozco las sombras y el remordimiento. Al amanecer entre la luz por mi ventana, la luz y el sol. Contemplo su cuerpo dormido, sus labios que esbozan una sonrisa. Es mío, todo él es mío, como nadie lo poseyó o lo habrá de poseer.

No importará luego el sufrimiento, yo todo lo habría previsto desde que lo vi subiendo por la escalinata, despacio y seguro. Sabía que el río puede secarse, que la piedra se pulveriza y que el color del pétalo se desvanece. También sabía que él sufriría y que sus recuerdos habrían de ser atormentados. A mí sólo me quedaba la muerte, y cuando estaba a su lado no hacía sino preguntar el quebranto último. Paso a paso- por la escalinata-, noche a noche - por mi cuerpo- rondaba el fin, sin saber en dónde parar, pero con la herida ya dispuesta y la sangre a flor de piel.

Después no quedaría sino el caos y las tinieblas.

Angelina Muñiz-Hubberman, *Huerto Cerrado, Huerto Sellado*. Editorial Oasis, México, 1985. 100 pp. (colección el nido del ave roc).

GIOCONDA

Rosa María Roffiel

Mi vulva es una flor
Es una concha
Un higo
Un terciopelo
Está llena de aromas sabores
y rincones
Es color de rosa
Suave íntima carnosa
A mis 12 años le brotó pelusa
Una nube de algodón
entre mis muslos
Siente, vibra, sangra,
se enoja, se moja, palpita
Me habla
Guarda celosa entre sus pliegues
El centro exacto de mi cosmos
Luna diminuta que se inflama
Ola que conduce a otro universo
Cada 25 días se torna roja
Estalla
Grita
Entonces la aprieto con mis manos
Le digo palabras de amor
en voz muy baja
Es mi segunda boca
Mis cuatro labios
Es traviesa
Retoza
Chorrea
Me empapa
Le gustan las lenguas
que se creen mariposas
Los penes solidarios
La pulpa de ciruela femenina
O simplemente
Las caricias venidas de mí misma
Es pantera
Gacela
Conejo
Se ofrece coqueta si la miman
Se cierra violenta si la ofenden
Es mi cómplice
Es mi amiga
Una eterna sonrisa de mujer complacida.